

MARÍA, DISCÍPULA DE CRISTO

Domingo, 2 de diciembre

La vida de Jesús, desde que Juan Bautista lo saludó como al Cordero de Dios es una preparación para su Pascua. La vida pública de Jesús fue toda ella una lenta y dura “subida a Jerusalén”, donde consumará su regreso al Padre. Su bautismo en el Jordán fue ya un prelude de la Pascua, porque allí el Padre reveló a Jesús como el Mesías sufriente y rechazado. También para María, íntimamente unida a su Hijo en la obra de la salvación, el Misterio Pascual comenzó muy pronto. Las palabras del anciano Simeón sobre el signo de contradicción y sobre la espada que le traspasaría el alma contenían ya un presagio de la muerte trágica de su hijo, que María conservaba en su corazón, junto con todo lo demás.

¿Qué sucede en la vida de María después que ha sido colmada de gracia tras haber respondido generosamente con un “sí” creyente y haber decidido voluntariamente realizar buenas obras y cultivar las virtudes? Llega el tiempo de la purificación y del despojamiento; llega la noche de la fe. Ella se dejó conducir por el Espíritu, en un itinerario de fe, hacia un servicio de fe y fecundidad, en la que no faltaron las etapas de aridez, ocultamiento y fatiga, como la que vivió en Nazaret, mientras Jesús crecía.

En el Evangelio encontramos algunas referencias a la Virgen que aparecen ante nosotros como señales importantes en este camino de fe de María. Recordemos en primer lugar el pasaje en el que Jesús se ha perdido y se le encuentra en el Templo. ¿Qué escuchó María cuando encontró a su hijo?: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?” (Lc 2, 49). Esas palabras ponen entre Jesús y ella una voluntad diversa, que dejaba en segundo lugar cualquier otra relación, incluso la relación filial con ella.

Recordemos la bodas de Caná. ¿Qué respuesta escuchó María de boca de Jesús ante su discreta petición de intervenir? “Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?” (Jn 2,4). Estas palabras suenan duras, parecen ofensivas; parecen poner distancia de nuevo entre Jesús y su Madre.

En otro momento de la vida pública de Jesús, mientras estaba predicando llegaron su Madre y algunos parientes para hablar con él. Cuál sería la sorpresa de María cuando, tras la indicación que hacen a su Hijo de que quieren verle, éste pronuncia las siguientes palabras: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?” (Mc 3,3). Podemos imaginarnos la humillación y el sufrimiento que habría en María con aquella palabras.

Por último, otro día una mujer entre el gentío exclamó a voz en grito delante de Jesús: “Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron” (Lc 11, 27). Era uno de aquellos cumplidos que bastan por sí solos para hacer feliz a una madre. Pero de estar allí, el gozo de María hubiera durado poco al corregir Jesús esa expresión con las siguientes palabras: “Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 11, 28).

¿Cómo reaccionó María ante esta conducta de su hijo? ¿Cómo se comportó? Nunca encontramos en ninguno de estos textos una réplica o intento de autojustificación

por parte de María; ¡nunca un intento de hacer cambiar de decisión a Jesús! Hay una docilidad absoluta. María calla. Su respuesta a todo era el silencio. No un silencio de sumisión y tristeza, sino un silencio que pone de manifiesto que en lugar de sentirse ofendida, comprende en la fe. Y cuando se dice que María no comprendía, ella callaba y conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón.

El hecho de que calle no significa que para María sea todo fácil, que no deba superar luchas, fatigas y tinieblas. Ella estuvo exenta del pecado, pero no de la lucha o de la “fatiga de creer”. Si Jesús tuvo que luchar y sudar sangre para llevar su voluntad humana hasta el punto de adherirse plenamente a la voluntad del Padre, no ha de sorprendernos que María también haya pasado por este trago. Esto no significa que la vida de María fuera una vida de continua aflicción, una vida sombría. Todo lo contrario, María fue descubriendo de día en día una alegría de otro tipo. La alegría de creer, la alegría de no hacer su propia voluntad, la alegría de ofrecerse a los demás como respuesta a lo que Dios ha hecho en ella.

La Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles no precisamente por el tipo de vida que ella llevó y, tanto menos, por el ambiente socio-cultural en que se desarrolló, hoy día superado casi en todas partes, sino porque en sus condiciones concretas de vida Ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios; porque acogió la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio: porque, es decir, fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo (*Marialis cultus*, 35).

Aunque Jesús fue guiando a su Madre de viva voz y en persona, con su Evangelio nos dirige a todos nosotros para que siguiéndole alcancemos la Verdad y la Vida. El evangelista Marcos nos relata cómo un día Jesús, convocando a la gente y a sus discípulos, les dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará” (Mc 8, 34-35). Estas palabras significan que si quiero seguir a Cristo no puedo ser yo el centro de la escena, aferrándome a mí mismo con el fin de asegurar mi vida. Por el contrario, debo negarme a mí mismo y a mis tendencias naturales, en una disponibilidad total a Dios.

Pero la negación de uno mismo no es nunca un fin ni tampoco el ideal a conseguir. Lo importante es el seguimiento de Cristo; pero para ello hemos de saber decir “no” a todo aquello que trata de quitar el protagonismo a Cristo. Hemos de plantearnos, pues, cuál queremos que sea el fundamento de nuestra vida: nuestro “yo” o Cristo. ¿Para quién queremos vivir? ¿Para nosotros mismos o para el Señor? Con esta elección nos hemos de enfrentar los que queremos ser discípulos del Señor en muchos momentos de nuestra vida. El camino al que nos invita el Señor es algo muy distinto de una renuncia como fin en sí misma. Es saber elegir lo mejor para uno mismo. Ir más allá de las apariencias y de los deseos primarios para centrarnos en Cristo, fuente de alegría eterna e inagotable porque ha resucitado.

¡Qué hermosas resultan estas palabras, pero también qué difícil de cumplirlas!, pues la naturaleza pone en funcionamiento todos sus mecanismos de defensa antes de ceder. Esta quiere salvar su propia vida y no perderla. Tiende a mantener a Dios fuera de sus fronteras, porque sabe que el acercamiento de Dios significa el final de su autonomía y de su tranquilidad. Dios conoce esta dificultad y, por esto, sabe apreciar

mejor que nadie cualquier esfuerzo nuestro, por pequeño que sea, por negarnos a nosotros mismos.

El tiempo de Adviento que acabamos de comenzar es un tiempo propicio para ejercitar un *discernimiento* que nos abra a la esperanza que dota de sentido nuestro esfuerzo y el buen hacer cotidianos, en la línea de lo que el apóstol san Pablo nos decía en la segunda lectura: “Por lo demás, hermanos: ya habéis aprendido de nosotros cómo comportarse para agradar a Dios; pues comportaos así y seguid adelante” (1 Tes 4,1).

Así pues, comencemos este nuevo Adviento -tiempo que nos regala el Señor del tiempo- despertando en nuestros corazones la espera del Dios-que-viene y la esperanza de que su nombre sea santificado, de que venga su reino de justicia y de paz, y de que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo.

En esta espera dejémonos guiar por la Virgen María, Madre del Dios-que-viene, Madre de la esperanza, a quien celebraremos dentro de unos días como Inmaculada. Que ella nos obtenga la gracia de ser santos e inmaculados en el amor cuando tenga lugar la venida de nuestro Señor Jesucristo, al cual, con el Padre y el Espíritu Santo, sea la alabanza y la gloria por los siglos de los siglos.